

Luces republicanas para una ciencia nacional.

Los científicos del exilio español en México

Francisco Javier Dosil Mancilla

MUCHO SE HA ESCRITO sobre el exilio republicano español en México, a pesar de lo cual sigue resultando un terreno minado de incógnitas y contradicciones, sobre todo cuando se plantea su estudio desde la mirada de la historia cultural.¹ Han primado hasta la actualidad dos modelos de análisis, que se identifican inevitablemente con las dos atalayas geográficas desde las que se vienen lanzando las principales interrogantes y sus respuestas: España y México. En España ha habido desde los sesentas,² en la parte más progresista del ámbito académico, una necesidad de recuperar el discurso de los vencidos en la guerra civil de 1936, como una forma de incorporar a la historia de España la otra cara de la moneda. No en vano los exiliados son verdades encendidas que lanzadas como antorchas hacia el pasado permiten vislumbrar el glorioso panorama de la cultura española antes del belicoso conflicto fratricida –esa etapa calificada de forma algo mojigata de “plata”, pues en nada envidia al Siglo de Oro-, y ofrecen con su desempeño profesional y con sus propias vidas argumentos para desmontar esa historia franquista, hasta hace no mucho la única oficial, que tildaba a los desterrados de traidores a la patria y justificaba las cuatro décadas de dictadura como un mal menor ante la grave amenaza de la izquierda.

En México, el recuerdo de los desterrados republicanos se ha suscitado sobre todo desde el afecto y el agradecimiento, por parte de numerosas celebridades de la ciencia y de la cultura que han venido reconociendo a los profesores españoles como sus grandes maestros. Estas muestras de cariño son recogidas por lo general en generosas –cuando no hagiográficas- reseñas biográficas y en homenajes académicos, pero rara vez logran traspasar las barreras historiográficas para sumarse como elementos esenciales a la historia de las diversas disciplinas científicas en México; a lo más

terminan formando un capítulo aparte, el socorrido cajón de sastre de “los exiliados españoles”, en el que no se deja de ensalzar y subrayar la relevancia de sus contribuciones, pero –insisto- muy rara vez pasan a ser reconocidos como piezas importantes en la construcción de la cultura nacional.³

Estas bienintencionadas actitudes trastabillan cuando se nos plantea a quién pertenece la cultura de los exiliados. ¿Es española? Sin duda; sus aportaciones no podrían comprenderse sin el escenario cultural que dio cobijo a la formación profesional que recibieron los desterrados, muchas veces en los mejores centros de investigación del mundo, gracias al apoyo económico de la Junta para Ampliación de Estudios, presidida durante más de un cuarto de siglo por el Nobel Santiago Ramón y Cajal.⁴ Los datos hablan por sí solos: más de dos mil estudiantes fueron becados por esta institución entre 1907 y 1936, para ampliar su formación en los países con mayor tradición científica (Alemania, Francia, Estados Unidos, Italia...), al lado de laureados investigadores, como los químicos Richard Willstätter y Richard Kuhn (ambos premios Nobel), los psicoanalistas Sigmund Freud y Alfred Adler, los neuropsiquiatras Emil Kraepelin y Alois Alzheimer, el fisiólogo Walter Cannon, etc.

Además se crearon en territorio español numerosos centros de investigación, como el Instituto Nacional de Física y Química y los diversos laboratorios de la Residencia de Estudiantes, que acogieron a estos becarios cuando regresaron a su país, ofreciéndoles la oportunidad de volcar en estos espacios los conocimientos adquiridos y dar continuidad a las investigaciones iniciadas en el extranjero.⁵ No debemos olvidar que la España de principios siglo era un país pobre; precisamente estas iniciativas, emprendidas con muy pocos recursos, a base de mucho esfuerzo y una cuidadosa planificación, estaban guiadas por la certeza de que cualquier

mejora en la nación –sanitaria, educativa, económica, social...- pasaba por apoyar la educación y la investigación científica, desmintiendo la asentada creencia de que la sangre hispana resultaba incompatible con los números y el rigor metodológico.⁶ En definitiva, se trataba de todo un proyecto de desarrollo de nación, que comienza a gestarse durante el Sexenio Liberal (1868-1874) y que sirvió de bandera a la II República, y que llevó a un número considerable de científicos a involucrarse activamente en la política, en ocasiones ocupando importantes cargos en el gobierno, como fue el caso de Juan Negrín, Félix Gordón Ordás, José Giral, Cándido Bolívar, Bibiano Fernández Osorio-Tafall, etc.

Con argumentos no menos poderosos podríamos afirmar que la cultura desarrollada por los exiliados es netamente mexicana. ¿Acaso no fue en México donde buena parte de los exiliados realizaron sus principales aportaciones? No sucedió así, obviamente, con los científicos que llegaron con una edad muy avanzada, como Ignacio Bolívar, Odón de Buen o Blas Cabrera, de los que puede decirse que huyeron de su país “para morir con dignidad”, como señaló en su momento el primero de ellos; pero por lo general, los desterrados españoles encontraron en las instituciones mexicanas un clima favorable para reanudar con notable éxito sus investigaciones;⁷ unas circunstancias que no gozaron, desde luego, los científicos que se quedaron en España y que padecieron el terrible ostracismo del exilio interior. Con los problemas y las prioridades de su nuevo país como desafíos y como guías en sus estudios, personajes como Faustino Miranda, Dionisio Peláez, Francisco Giral, Federico Bonet o Dionisio Nieto, entre muchos otros, desarrollaron en México sin duda lo más granado de sus contribuciones científicas.

Como tercera opción podríamos afirmar que si bien la cultura científica de los exiliados se enmarca en dos contextos principales, sus patrias de origen y de adopción, en realidad presenta elementos propios y esenciales, derivados de la realidad del destierro, que nos determinarían a hablar, literalmente, de una ciencia del exilio. ¿Es esto cierto? Si planteamos esta pregunta en otros ámbitos del conocimiento, como el literario, el artístico y el filosófico, parece que, en efecto, las expresiones de los exiliados asumen a menudo directrices y rasgos originales que abrevan directamente de sus vivencias como exiliados. Es el caso de los filósofos María Zambrano o Eugenio Ímaz, o de los poetas León Felipe y Juan José Domenchina, para quienes el desarraigo del exilio constituye no un simple suceso –un “trastierro”, como diría José Gaos–, sino un acceso a un grado de lucidez que atraviesa sus vidas y su pensamiento.⁸ Por este motivo la filósofa andaluza, que sobrellevó con mucho dolor su destierro, escribió con aparente contra-

dicción “amo mi exilio”, y observó que del exilio nunca se regresa;⁹ en el mejor de los casos, como señalaría Adolfo Sánchez Vázquez, es posible seguir avanzando hacia un cosmopolitismo crítico que nos convierta en reales ciudadanos del mundo.¹⁰ ¿En qué medida el exilio aportó elementos originales derivados de la realidad del destierro que influyeron en la trayectoria científica de los exiliados? Cualquiera respuesta a esta pregunta nos obliga a tener en cuenta las características un tanto especiales de la actividad científica, “más impersonal y anónima que la artística, la filosófica y la literaria”, y que “depende en buena medida, de la constitución de grupos y equipos de investigación, de la existencia de instituciones, laboratorios y políticas (...) que amparen y legitimen su trabajo”¹¹. En definitiva, el científico cumple rigurosamente aquella condición que Marc Bloch generalizaba al ser humano: la de ser hijo de su tiempo.

La reflexión es más compleja de lo que pudiera suponerse, y estamos muy lejos de pretender resolverla, al menos del modo que se resolvería un problema de física. Es más, creo que las preguntas anteriores nos trasladan a otra reflexión más honda e interesante, que pone de relieve la rigidez del cuerpo de Clío y las limitaciones metodológicas de nuestro discurso histórico, y nos obliga a replantearnos de algún modo nuestro ejercicio como historiadores. No se ofendan por el exabrupto; en realidad el exiliado –de cualquier época, de cualquier nación– es siempre un aguafiestas, un harapiento que surge en el banquete sin invitación ni traje de gala. El desterrado se pasea por la historia como un fantasma, por eso en la foto de familia nunca figura o aparece desenfocado. En su rostro lleva inscrita una incógnita, que incomoda como el porqué ingenuo de un niño, y habla con el silencio, que es la voz de los marginados. Plantado en extramuros, en la frontera de la historia, esperando resignadamente que se le abran las puertas, su sola presencia hace temblar los pilares más sólidos de nuestra higiénica y pomposa disciplina, que el exiliado nos obliga a reubicar en el dominio de lo humano, palabra que no en vano deriva de “humus”, tierra fértil, engendradora, crisol esencial que no entiende de patrias ni de límites geográficos.

Asimismo, el exilio nos obliga a plantear la historia desde enfoques que trascienden la territorialidad y las fronteras nacionales, introduciendo nuevos niveles de complejidad y un discurso polifónico, plural, multifocal, que nos permita comprender mejor al ser humano, al de ayer y al de hoy, que es el objetivo primordial de nuestra disciplina. Dicho esto, ¿habrá que recordar que la historia de México, país de refugio y encrucijada de civilizaciones, es el mejor ejemplo de ese mosaico cultural, heterogéneo, rico, contradictorio?¹² Por este motivo, nuestro principal desafío como historiadores consiste en superar un discurso uniforme, meramente

aglutinador, que a modo de rodillo tiende a considerar toda la historia en un solo plano y con un único hilo conductor, para proponer, por el contrario, nuestra historia desde una narrativa abierta a la pluralidad de voces y de intereses, que acepta la existencia de numerosos ejes vertebradores, de múltiples caminos, de ríos caudalosos y riachuelos secos que inesperadamente sirven de cauce a nuevas y vigorosas expresiones culturales.

Regresando a los científicos del exilio republicano, quisiera terminar este breve ensayo planteando algunos aspectos generales que en mi opinión deberíamos tener en cuenta para no caer en los tópicos que hemos venido señalando y, por el contrario, facilitar una lectura de sus aportaciones integradas en el vasto campo de la historia de la ciencia mexicana. Se trata de un ejercicio de reflexión, que en modo alguno pretende pasar revisión a las contribuciones particulares ni mucho menos agotar la discusión.

En primer lugar, al estudiar a los exiliados españoles debemos tener en cuenta que no sólo aportaron lo más valioso de la cultura española; también -y sobre todo- lo mejor de la cultura europea, que asimilaron en países como Alemania, Francia, Gran Bretaña o Italia.¹³ Obviamente, ambas vertientes no estaban reñidas: los avances registrados en Europa habían servido como motor de renovación de la cultura en España. Quizá esta lectura de las teorías de vanguardia europeas realizada desde una óptica propiamente española haya sido una característica de buena parte de las aportaciones de los exiliados; recordemos, por ejemplo, la interpretación que hace María Zambrano en clave heideggeriana del pensamiento de Unamuno y Antonio Machado, o el enriquecimiento que supuso para la escuela de Cajal que algunos de sus miembros, como Dionisio Nieto e Isaac Costero, se familiarizaran con los procedimientos practicados por neurólogos e histopatólogos extranjeros. Este sincretismo cultural, registrado en castellano, fue valorado con simpatía en Latinoamérica, que para esas fechas por lo general recibía las novedades de EEUU, e hizo más fácil la integración de los refugiados.¹⁴

En segundo lugar, los científicos exiliados favorecieron el proceso de maduración de la ciencia mexicana. Debemos tener en cuenta que su llegada coincidió con un momento en que la ciencia mexicana se estaba reestructurando, dejando atrás un modelo de ciencia “porfirista” que, en mi opinión, se abortó antes de haber agotado sus propuestas.¹⁵ Así pues, las nuevas instituciones posrevolucionarias necesitaban científicos para cubrir sus puestos -los españoles no serían los únicos extranjeros que se incorporarían- y por lo general estaban abiertas a propuestas originales de investigación. En definitiva, se trataba de espacios institucionales poco rígidos y en fase de exploración, idóneos

para los científicos españoles, que constituían “el núcleo fundamental de una élite intelectual” que unos años antes había emprendido “con fuerza y ambición el proyecto de modernización científica de la sociedad española”.¹⁶

En tercer lugar, los exiliados no sólo introdujeron conocimientos; también trasplantaron las complejas redes culturales -nacionales e internacionales- que habían ido alimentando durante décadas con los viajes al extranjero apoyados por la Junta para Ampliación de Estudios. Al echar tierra en ultramar, estas redes se modificaron: algunas desaparecieron o buscaron nuevos cauces, entraron en juego redes latinoamericanas ya establecidas y se crearon espontáneamente otras nuevas para mantener comunicados a los profesionales españoles desperdigados por el exilio. Un proyecto tan importante como la revista *Ciencia*, editada por los exiliados durante más de tres décadas (desde 1940 hasta 1975), no puede entenderse sin este intrincado universo de redes, que confirieron a esta publicación periódica un carácter cosmopolita, ya que en ella participaron científicos de prácticamente todo el mundo.¹⁷ Por emplear una terminología de la sociología, con la llegada de los científicos exiliados se enriqueció notablemente la vascularización de la ciencia mexicana.

Hay un último aspecto, de carácter más social, que quisiera señalar. Los científicos españoles y mexicanos coincidían en la opinión de que la investigación científica debe servir para mejorar las condiciones de vida de la sociedad.¹⁸ Esta convergencia de la ciencia posrevolucionaria mexicana y la republicana española proporcionó a los científicos de ambos países un lenguaje común que permitió un diálogo productivo que hizo posible una integración ejemplar. Una integración que aportó a la ciencia mexicana ideas y energía para consolidar el proyecto de nación emanado de los procesos revolucionarios, y a los científicos españoles la culminación del ideario republicano, que los había lanzado al exilio, al permitirles asumir como propios los desafíos sociales y culturales de la Revolución mexicana. •

Notas

¹ En la presente revisión historiográfica nos centraremos en los estudios que proponen una lectura del exilio desde la historia cultural.

² El artículo del filósofo José Luis Aranguren, “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”, *Crítica y meditación*, Madrid, Taurus, 1957, pp. 165-216, fue el primer intento -y durante muchos años el único- en España de llamar la atención sobre el extraordinario valor de las aportaciones de los intelectuales exiliados, convenientemente silenciadas por la represión franquista. Por las mismas fechas aparecieron diversas revistas literarias, como *Ínsula*, *Papeles de Son Armadans* o *Revista de Occidente*, que sirvieron de trampolín para dar a conocer en España los trabajos de filósofos y literatos expatriados. Habría que esperar hasta 1976, en plena transición política, para que apareciera en España, bajo la dirección de José Luis Abellán, la primera

obra dedicada íntegramente al exilio: *El exilio español de 1939*, 6 tomos, Madrid, Taurus, 1976-1978. Desde entonces los estudios sobre los desterrados españoles no han dejado de multiplicarse. A modo de muestra recogemos algunos de los títulos recientes más relevantes: Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio (1939-1989)*, *El exilio de los científicos españoles*, Barcelona, Anthropos/CIERE, 1994; José Luis Abellán, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, México, FCE, 1998; María Fernanda Mancebo, Marc Baldó y Cecilio Alonso (eds.), *Lexili cultural de 1939. Seixanta anys després*, 2 tomos, Valencia, Universitat de València, 2001; José María Balcells y José Antonio Pérez Bowie (eds.), *El exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)*, Salamanca, Universidad de Salamanca/Universidad de León, 2001; Julio Martín Casas y Pedro Carvajal Urquijo, *El exilio español (1936-1978)*, Barcelona, Planeta, 2002; Josep Lluís Barona (comp.), *Ciencia, salud pública y exilio (España, 1875-1939)*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència, 2003; Francisco Guerra, *La medicina en el exilio republicano*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2003; Virgilio Zapatero (dir.), *Exilio*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias/Centro de Arte Reina Sofía, 2003; Alicia Alted y Manuel Llusia (dirs.), *La cultura del exilio republicano español de 1939*, 2 vols., Madrid, UNED, 2003; Teresa Ferriz Roure, *Romance, una revista del exilio en México*, Sada, Ed. do Castro, 2003; José Ignacio Cruz Orozco, *Maestros y colegios en el exilio de 1939*, Valencia, Diputación de Valencia, 2004; Alicia Alted Vigil, *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*, Madrid, Aguilar, 2005; Milagrosa Romero Samper, *La oposición durante el franquismo. 3. El exilio republicano*, Madrid, Encuentro, 2005; Begoña Soneira Beloso, *O drama dos arquitectos na guerra civil e no exilio*, Sada, Ed. do Castro, 2006, y Luis Enrique Otero Carvajal (dir.), *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006.

³ El libro de Mauricio Fresco, *La emigración republicana española: una victoria de México*, México, Editores Asociados, 1950, el de Patricia W. Fagen, *Transterrados y ciudadanos*, México, FCE, 1975 (edición original en inglés de 1973), y la obra colectiva *El exilio español en México, 1939-1982*, México, FCE/Salvat, 1982, constituyen auténticos hitos en la historiografía mexicana sobre el exilio español. Le siguen cronológicamente diversos estudios de Clara E. Lida (coordinadora de los libros *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza, 1994, e *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI, 1997), José Antonio Matesanz (*Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española 1936-1939*, México, El Colegio de México/UNAM, 1999) y Dolores Plá Brugat, *Els exiliats catalans: un estudio de la emigración española republicana española en México Texto impreso*, México, INAH, 1999. Más recientes son los trabajos de Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coords.), *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Madrid, Comunidad de Madrid/Universidad Michoacana, 2001, y de Gerardo Sánchez Díaz y Porfirio García de León (coords.), *Los científicos del exilio español en México*, Morelia, Universidad Michoacana/SMHCYT/SEHCT, 2001.

Entre los homenajes de carácter institucional dedicados a los exiliados son de destacar los organizados por la UNAM, que acogió a buena parte de los más prestigiosos intelectuales españoles; véase, por ejemplo, María Luisa Capella (ed.), *El exilio español y la UNAM*, México, UNAM, 1987; AA.VV., *50 años del exilio español en la UNAM*, México, UNAM, 1991, y Fernando Serrano Migallón (coord.), *Los maestros del exilio español en la Facultad de Derecho*, México, UNAM/Editorial Porrúa, 2003.

Los estudios sobre figuras concretas del exilio publicados en México, emprendidos por discípulos y amigos como reconocimiento a su labor profesional, son muy numerosos. Sirva como

muestra los siguientes ejemplos. La obra del neuropsiquiatra Dionisio Nieto, investigador del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM, ha sido objeto de dos libros-homenaje: César Pérez de Francisco (ed.), *Libro homenaje al profesor Dionisio Nieto. Dimensiones de la psiquiatría contemporánea*, México, Fournier, 1972, y Adela Nieto (ed.), *La obra científica de Dionisio Nieto*, México, UNAM, 1990. Por otra parte, Jorge Vega analiza la vida del fisiólogo Ramón Álvarez-Buylla en el libro *Ramón Álvarez-Buylla. Explorador de infinitos*, Colima, Universidad de Colima, 2002. El entomólogo Cándido Bolívar, figura emblemática del Museo Nacional de Ciencias de Madrid y más tarde de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, ha sido estudiado en México por Jerzy Rzedowski, "Cándido Bolívar y Pieltain", *Anales de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas*, vol. 17, núms. 1-4, 1968, pp. v-xii (véase también el interesante trabajo de Santos Casado y Alberto Gomis Blanco, "Cándido Bolívar (1897-1976). Un avance para una biografía pendiente", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 31, 1998, pp. 51-67). Otros naturalistas vinculados al Museo madrileño fueron el zoólogo marino Enrique Rioja, que ha sido estudiado por su principal discípula, María Elena Caso, *Homenaje a Don Enrique Rioja Lo Bianco en el cincuentenario de su llegada a México*, México, Olmea Impresiones Finas, 1990 -véase también Francisco Javier Dosil Mancilla y Javier Cremades, "El zoólogo Enrique Rioja (1895-1963). Datos sobre su vida y su contribución a la ciencia en España y en México", en Luis Español (coord.), *Actas del VIII Congreso Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, Logroño, SEHCT/Universidad de La Rioja, 2004, pp. 497-517-; el entomólogo y paleontólogo Federico Bonet, cuya biografía y aportación científica han sido estudiadas por su discípulo Gonzalo Halffter, "Biografía. Federico Bonet Marco", *Anales de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas*, vol. 17, núms. 1-4, 1970, pp. xv-xxii; el parasitólogo Dionisio Peláez, por Anita Hoffman, "In memoriam. Dionisio Peláez Fernández (1915-1998)", *Folia Entomologica Mexicana*, núm. 105, 1999, pp. 1-8, etc. Miguel Anxo Fernández acaba de publicar un estudio sobre la faceta cinematográfica del entomólogo y cineasta Carlos Velo (*Las imágenes de Carlos Velo*, México, UNAM, 2007). La vida y labor profesional del botánico Faustino Miranda han merecido diversos estudios de discípulos y amigos, entre otros Manuel Martínez, "Biografía: Faustino Miranda", *Boletín de la Sociedad Botánica de México*, núm. 23, 1958, pp. 1-9; Jerzy Rzedowski, "Datos biográficos de Faustino Miranda", *Revista Ciencia*, núm. 24, 1966, 171-175; Arturo Gómez-Pompa, "Faustino Miranda", *Boletín de la Sociedad Botánica de México*, núm. 30, 1969, pp. 1-15, y más recientemente Francisco Javier Dosil Mancilla (coord.), *Faustino Miranda. Una vida dedicada a la Botánica*, Morelia, Universidad Michoacana/CSIC, 2007.

El listado de biografías de exiliados publicados en México, en general por discípulos y amigos, resulta interminable. A los ya mencionados podemos añadir: Juan Comas (ed.), *In Memoriam. Pedro Bosch-Gimpera 1891-1974*, México, UNAM, 1976; Javier Malagón Barceló y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, UNAM, 1986; Marcela Terrazas y Alicia Mayer González (eds.), *Carlos Bosch García. El maestro, el amigo, el hombre. Homenaje*, México, UNAM, 2004, o Leopoldo Zea, *José Gaos, el transterrado*, México, UNAM, 2004. Entre los antropólogos la figura señera de Ángel Palerm ha merecido diversos estudios memorables; véase, por ejemplo, Susana Glantz, *La heterodoxia recuperada: en torno a Ángel Palerm*, México, FCE, 1987; José Lameiras Olvera, *Ángel Palerm: un indigenista original*, México, FCE, 1987; Modesto Suárez (coord.), *Historia, Antropología y política: Homenaje a Ángel Palerm*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990, y Virginia García Acosta, *La diversidad intelectual. Ángel Palerm in memoriam*, México, CIESAS, 2000.

⁴ Para la Junta para Ampliación de Estudios pueden consultarse el monográfico en dos partes que le dedicó la revista *Arbor* en 1987 (núms. 493 y 499), la obra editada por José Manuel Sánchez Ron, *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después*, 2 vols., Madrid, CSIC, 1988, y el monográfico de la *Revista de Indias* coordinado por Consuelo Naranjo, correspondiente al volumen LXVII, número 239 del año 2007.

⁵ Para ampliar la información sobre la ciencia española de los años anteriores a la guerra civil son útiles los siguientes libros de José Manuel Sánchez Ron: *Un siglo de ciencia en España*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1998, y *Cinco, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 1999.

⁶ Véase Luis Enrique Otero, “La destrucción de la ciencia en España”, en Luis Enrique Otero Carvajal (dir.), *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Universidad Complutense, 2006, pp. 15-72.

⁷ Véase Francisco Javier Dosil Mancilla, “Los naturalistas que perdió España. Las jóvenes promesas de la ciencia española en el exilio de 1939”, *Revista de Historia Natural* (Madrid), núm. 4, enero 2004, pp. 46-50.

⁸ Para echar leña al debate merece la pena revisar los dos textos siguientes, por defender posturas opuestas: Francisco Ayala, “La cuestionable literatura del exilio”, *Los Cuadernos del Norte*, Oviedo, año II, núm. 8, julio-agosto de 1981, pp. 62-67, y Enrique Baena, “Mito y poesía del exiliado español en México”, en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio, *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, Universidad Michoacana/Comunidad de Madrid, 2001, pp. 366-391. El asunto ha sido tratado más extensamente en el trabajo de Francisco Javier Dosil Mancilla, “El exilio español 65 años después (1939-2004). La memoria de los vencidos en la construcción de la historia inmediata”, presentado en el III Congreso Internacional Historia a Debate, celebrado en Santiago de Compostela los días 14-18 de julio de 2004.

⁹ María Zambrano, “Amo mi exilio”, *Diario ABC*, Madrid, 28 de agosto de 1989.

¹⁰ Adolfo Sánchez Vázquez, “Fin del exilio y exilio sin fin”, *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*, México, Grijalbo, 1997, p. 38.

¹¹ José Lluís Barona, “Imágenes del exilio científico”. En: Antonio Lafuente y Santiago Saraiva (ed.), *Imágenes de la ciencia en la España contemporánea*, Madrid, Fundación Arte y Tecnología, 1998, p. 97.

¹² Pablo Yankelevich (coord.), *México, país refugio. La experiencia de los exiliados en el siglo XX*, México, CONACULTA/INAH/Plaza y Valdés, 2002.

¹³ Véase para el caso de los exiliados el excelente trabajo de Jacqueline Alejandra Ramos García, *Los juristas españoles del exilio republicano en México*, Tesis de Maestría inédita, Universidad Michoacana, 2007.

¹⁴ Véase Francisco Javier Dosil Mancilla, “La JAE peregrina”, *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 239, enero-abril de 2007, pp. 307-332.

¹⁵ Ruy Pérez Tamayo, *Historia general de la ciencia en México*, México, FCE, 2006.

¹⁶ Barona, *op. cit.*, p. 98.

¹⁷ Para la revista *Ciencia* pueden consultarse los siguientes trabajos: Miguel Ángel Puig-Samper Mulero, “La revista *Ciencia* y las primeras actividades de los científicos españoles en el exilio”, Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coords.), *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, Universidad Michoacana/Comunidad de Madrid, 2001, pp. 95-125; Cristina Carapeto, Antonio Pulgarín y José María Cobos, “Ciencia. Revista Hispano-Americana de Ciencias Puras y Aplicadas (1940-1975) [I]”, *Llull*, vol. 25, núm. 53, 2002, pp. 329-368; Rafael Aleixandre Benavent, Juan Antonio Micó Navarro y Amparo

Soler Sáiz, “La contribución científica del exilio a través de la revista *Ciencia* (1940-1975)”, en Josep Lluís Barona, *Ciencia, salud pública y exilio (España 1875-1939)*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència, 2003, pp. 71-97, y el excelente estudio de Quetzal Argueta Prado, *La revista *Ciencia* (1940-1975). Contribuciones a la ciencia mexicana del siglo XX*, Tesis de Licenciatura inédita, Universidad Michoacana, 2007.

¹⁸ Para el caso de México véase Juan José Saldaña, “El sector externo y la ciencia natural: el conservacionismo en México (1934-1952)”, *Quiipu*, vol. 11, núm. 2, 1994, pp. 195-218. Para España es útil el trabajo de Otero, “La destrucción de la ciencia...”, *op. cit.*

Bibliografía esencial

AA. VV., *El exilio español en México, 1939-1982*, México, FCE/Salvat, 1982.

AA. VV., *50 años del exilio español en la UNAM*, México, UNAM, 1991.

Abellán, José Luis (dir.), *El exilio español de 1939*, 6 tomos, Madrid, Taurus, 1976-1978.

Abellán, José Luis, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, México, FCE, 1998.

Alted Vigil, Alicia, *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*, Madrid, Aguilar, 2005.

Aranguren, José Luis, “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”, *Crítica y meditación*, Madrid, Taurus, 1957, pp. 165-216.

Ayala, Francisco, “La cuestionable literatura del exilio”, *Los Cuadernos del Norte*, Oviedo, año II, núm. 8, julio-agosto de 1981, pp. 62-67.

Barona, José Lluís, “Imágenes del exilio científico”. En: Antonio Lafuente y Santiago Saraiva (ed.), *Imágenes de la ciencia en la España contemporánea*, Madrid, Fundación Arte y Tecnología, 1998.

Dosil Mancilla, Francisco Javier, “La JAE peregrina”, *Revista de Indias*, vol. LXVII, núm. 239, enero-abril de 2007, pp. 307-332.

Dosil Mancilla, Francisco Javier, “Los científicos del exilio republicano español”. En: Antolín Sánchez Cuervo (coord.): *Las huellas del exilio. Expresiones culturales de la España peregrina*. Madrid, Tébar, 2008, pp. 95-149.

Giral, Francisco, *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Barcelona, Anthropos/CIERE, 1994.

Guerra, Francisco, *La medicina en el exilio republicano*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2003.

Lida, Clara E. (coord.) *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI, 1997.

Matesanz, José Antonio, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española 1936-1939*, México, El Colegio de México/UNAM, 1999.

Otero Carvajal, Luis Enrique (dir.), *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006.

Sánchez Andrés, Agustín y Silvia Figueroa Zamudio (coords.), *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, Comunidad de Madrid/Universidad Michoacana, 2001.

Sánchez Díaz, Gerardo y Porfirio García de León (coords.), *Los científicos del exilio español en México*, Morelia, Universidad Michoacana/СМНУТ/СНСТ, 2001.

Zambrano, María, “Amo mi exilio”, *Diario ABC*, Madrid, 28 de agosto de 1989.

Zapatero, Virgilio (dir.), *Exilio*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias/Centro de Arte Reina Sofía, 2003.

FRANCISCO JAVIER DOSIL MANCILLA. Es profesor investigador adscrito al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo. Correo electrónico: fjdosil@yahoo.es